

semejantes a hambrientas fieras, se han construido para los pájaros o para los cazadores?...

24 de marzo de 1837.

* *

Todo lo que sufre se agita a impulsos del odio; todo lo que vive arrastra un remordimiento. Sólo los muertos pueden vanagloriarse de haber roto sus cadenas. Por lo que, viendo en todas partes que se agita la vida entre la envidia y la rabia, considerando toda su maldad, tú, poesía, si algunas veces descienes hasta la tierra, a la manera que un pájaro solitario, te posas sobre una tumba!

Noviembre de 1836.

III

¿Cuál es el fin de todo? ¿La vida o la muerte? ¿Son las olas en que flotamos, o es el abismo donde caemos? ¿Cuál es el fin lejano de tantos pasos cruzados? ¿La cuna contiene al hombre o al destino? ¿Venimos al mundo con nuestros dolores o con nuestras alegrías, a ser reyes predestinados o a ser víctimas fatales? ¿Decidnos, Señor, si no habéis creado al hombre por casualidad, si su calvario está oculto en el establo y si los delicados nidos, que el alba ilumina, en los que nacen las plumas entre flores,

¿Vasto amontonamiento cincelado por la historia, montón de piedras edificado sobre otro montón de gloria, edificio nunca visto; tú, que el hombre que inauguró nuestro siglo, en el porvenir lejano deslumbrado entreveía!

Aunque eres soberbio, no estás terminado, no, ya que ningún transeunte, sentado a tu sombra sobre la hierba, fija en ti sus miradas pensativas, mientras que, trivial errante y vagabunda, por

IV

EL ARCO DEL TRIUNFO

I

¡Tú, cuya atrevida bóveda en lontananza, dorada por el sol poniente, cubre de azul celeste ingente Arco; tú, que elevas a gran altura la frente serena, construido para trocar debajo de ti la campiña en abismo y para servir de base a algún águila sublime que venga a posarse en ella, y que será de bronce!

* *

* *

entre tus cuatro pies hormiguea toda la ciudad, como entre los pies de un elefante.

* *

Algo le falta a tu real belleza, que los siglos venideros traerán para tu apoteosis. Falta que en tu cúspide aparezca el sombrío montón de años, que cuelguen confundidamente arruinados de las brechas abiertas en tu frontón.

* *

Te faltan las arrugas, te falta la venerable antigüedad, te falta el pasado, esa pirámide a la que todos los siglos aportan su piedra; te faltan los capiteles rotos, la hierba en los fustes; le falta a tu bóveda aquel susurro misterioso que se confunde con el silencio, el confuso cuchicheo de los recuerdos.

* *

La vejez corona y las ruinas deifican. Necesita tener el edificio un pasado de dolores, de triunfo o de remordimiento: nos complace al hollar su recinto, encontrar en el polvo que nuestros pies levantan alguna parte de la ceniza de los muertos.

* *

Necesita el frontón deshojarse como pierde su fronda un árbol; necesita que el líquen, que es el

orín del mármol, con su dorada lepra tizne sus paredes; y que la vetustez, que borra todos los primores del arte, se pose en las esculturas, royendo sus fisonomías, como un pájaro devora un fruto ya maduro.

* *

Necesita que antiquísimo enlosado ondule bajo sus pórticos; que la hiedra viva trepe hasta las inertes hojas de acanto labradas en piedra; que el agua duerma en los huecos; que la cariátide conmovida se resista, ya fatigada, a sostener el arquitrabe y exclame: —«¡No puedo más!»

* *

No basta que entre piedras recién trabajadas giman las brisas y las noches lloren; más hermosas que un monumento recién construido son las ruinas de un antiguo palacio. Para que la luna embote a través de la obscuridad la sombra con el rayo y el rayo con la sombra, necesita disponer de ruinas a falta de tumbas.

* *

¿Queréis que una torre o una iglesia se conviertan en monumentos, que los de el alma idealice la forma y la altura? Pues esperad que se cubran de musgo y dejad que el tiempo trabaje en las estatuas; el tiempo, que es el gran escultor.

* *

Se necesita que el anciano caduco abrumado por el número de sus años, llevando a su hijo de la mano, pase por debajo del sombrío arco y nombre a Napoleón, como se nombra a Ciro, y le diga al niño señalándole con sus manos descarnadas:—«¿Ves esa enorme puerta? Pues tiene tres mil años, y por ella han pasado infinidad de generaciones que ya desaparecieron.»

II

¡París es la ciudad madre, es el sitio solemne donde el efímero torbellino gira en un centro eterno! París es fuego sombrío o estrella pura Taciturna Isis cubierta con un velo, araña que teje inmensa tela, en la que se prenden las naciones; pecho lleno de líquido vital, al que para nutrirse de ideas acuden las generaciones

* *

Cuando París se dedica al trabajo en clamorosa fragua, coge a los pueblos dichosos, valientes o sabios, sus leyes, sus dioses y sus costumbres. En su hornaza, revolviéndolos todos, funde, transforma y renueva la ciencia universal que toma prestada, y después vuelve a distribuir a los pueblos sus cetros, sus diademas, sus preocupaciones y sus

sistemas, que han sido retorcidos por sus fuertes manos.

* *

París conserva sin darse cuenta de ello las insignias militares y los incensarios; todas las mañanas erige una gloria, todas las noches apaga un sol; con la idea y con la espada rehace, reclava y levanta la escala que desde el mundo conduce al cielo; émula de Menfis y de Roma, edifica en este siglo una Babel para los hombres y un Pantheon para los dioses.

* *

Ciudad envuelta por una tormenta incesante de día y de noche, despierta a ese gigante que se llama Europa con sus campanas o con sus tambores. Ya vigile o ya duerma, oye esa ciudad susurrar sobre ella un enjambre de abejas, como susurran en un bosque. París siempre clama y ruge. Nadie sabe cuánto perdería el mundo el día en que París tomase el partido de callarse.

III

¡Callará sin embargo! Cuando hayan transecurrido muchos meses, muchos años, muchos siglos; cuando esa ribera contra la que el agua se estrella bajo los puen-

tes, se restituya a los juncos que se inclinan murmurando;

* *

Cuando el Sena huya por entre las piedras que le obstruyen, lamiendo alguna vieja cúpula hundida en sus aguas, escuchando el rumor del suave céfiro que lleva hasta las nubes el estremecimiento de las hojas y el canto de las aves;

* *

Cuando fluirá de noche, blanco y feliz en la obscuridad, adormeciendo su oleaje, largo tiempo trastornado; cuando pueda por fin oír las innumerables voces que pasan vagamente por la bóveda estrellada;

* *

Cuando esa ciudad, aturdida y ruda trabajadora, apresurando el destino que la espera, caiga convertida en polvo a los golpes de su propio martillo y haga de su bronce moneda acuñada y de su mármol losas para el empedrado;

* *

Cuando de todos los techos, de los campanarios, de los pórticos, de los frontones, de las cúpulas que hoy embellecen a la ciudad no queden ya más, en su inmensa campiña, que dos torres de gra-

nito construidas por Carlomagno^o y una Columna de bronce erigida por Napoleón;

* *

¡Tú, entonces, formarás el complemento de ese triángulo sublime! El bronce simbolizará la gloria y el granito la fe; y en cuanto a ti, tú serás la puerta abierta sobre la cumbre, que diga:—«Es preciso subir para llegar hasta mí.»

* *

Saludarás desde lejos a la antiquísima iglesia, a la altiva Columna, cuya fama crece de día en día, que quizás esté aún de pie o caída y semejante a la monstruosa trompeta de un desaparecido titán.

* *

Y sobre las dos ruinas que reunirá el destino, hará que, para ti, resplandezcan a un mismo tiempo dos signos triunfantes, que de lejos se parecen hasta confundirse, pero que de cerca, son muy diferentes: una espada y una cruz.

* *

Sobre vosotros tres descansarán mil años de nuestra Francia. La Columna es un cántico entonado a un imperio apenas nacido; tu concluirás el himno que ella empieza; ella exclama:—«Auster-

litz! tú exclamarás:—«Champaubert!»

IV

¡Entonces serás eterno y estarás completo, Arco! Cuando todo lo que el Sena refleja en sus olas desaparezca para siempre; cuando de la ciudad que igualó a Roma sólo queden un ángel, una águila y un hombre de pie sobre tres lugares encumbrados;

**

Entonces será cuando el rey el sabio y el poeta, todos aquellos que tengan presente el pasado, te admirarán vivo, junto a París muerto; y para ver mejor tu faz, que destella un pensamiento sombrío, arrancarán de ti la hiedra, como levantan los nietos el velo que cubre la frente de la abuela dormida.

**

En los sillares de tus muros, que para ellos no serán vulgares, estudiarán nuestras costumbres, nuestros héroes, nuestras guerras, meditabundos a tus pies; crearán presenciar, a lo largo de tu animado friso, el resurgimiento del gran pueblo y del gran ejército, y exclamarán:

**

—«Mirad, ahí está el regimiento; esa serpiente de las batallas,

sobre sus mil pies las relucientes escamas, que ya furiosa se enrosca al pie de las torres, ya con movimiento formidable y tranquilo agujerea un fuerte de piedra y atraviesa una ciudad, con su vanguardia ruidosa, en la que redoblan veinte tambores

**

«Allá arriba está el emperador rodeado de sus capitanes, pensando si irá a tierras lejanas para hacer que sirvan de objeto a sus triunfos o si preferirá, para formalizar el ataque o para atender a la defensa, la curva de Anibal, el ángulo de Alejandro o el cuadro de César.

**

«Allí está la artillería con sus bocas abiertas, de las que el humo asciende formando densas nubes, cae y vuelve a remontarse; la artillería que deshace una ciudad, destruye las guarniciones, arruina por la brecha que abre, más ancha a cada momento, torres, cúpulas, puentes y campanarios, y que, al modo que un arado colosal, abre un surco a través de las casas.»

**

Y todos los recuerdos que sobre tu frente silenciosa, cada siglo, al pasar, haya dejado impresos, acudirán al pensamiento de aquellos que te admiran: arran-

carán de tus muros tu antigua historia, y dirán, colocando un glorioso penacho sobre tu irrecible cimera:

Se me antoja que los techos góticos se ríen, cuando el tiempo, en sus antiguos frisos, quita una piedra y pone en su lugar un nido.

**

**

—«Todo era grandioso en aquella época antigua! Si los años no hubieran devastado ese pórtico, hubiéramos encontrado curiosidades maravillosas; pero el tiempo, que hace crecer con abundancia las zarzas y la hiedra, se apodera de los monumentos y rasga del libro las páginas más interesantes.»

El tiempo es quien vierte en los monumentos ese vago olor de madre selva sobre los pisos que quizás sostuvieron los huesos de los cadáveres; es el que puebla de pajarillos las feroces esculturas, haciendo que vivan en los huecos y que de las bocas de piedra surian cantos y chillidos.

**

V

Pero el tiempo nada arrebató a los objetos; y más de un pórtico elogiado sin razón, en sus lentas metamorfosis concluye por adquirir verdadera belleza. A los monumentos que nosotros veneramos, presta el tiempo un severo encanto; nunca, por más que rompa y cubra de moho el traje que les quita, equivale éste al traje son que los adorna

Si alguna Venus desnuda gime convertida en mármol, el tiempo la sirve y la acaricia, y al abrigo de un pórtico heráldico, con velo púdico de hojarasca la cubre hasta la cintura, y bajo sus pies blancos y artísticos extiende una florida alfombra de hierba, fresco mosaico labrado por el mes de abril.

VI

**

El tiempo es quien llena de arrugas las piedras talladas; el que por el ángulo de un mármol árido pasa la mano inteligente; el tiempo, para corregir el monumento, enrosca una serpiente viva en los nudos de una hidra de granito.

Muchas veces el pasado oculta más de un secreto, cuya mancha reaparece sobre los antiquísimos muros; con frecuencia el edificio caído, por su soledad y por su sombra, se asemeja a un rey destronado. No hay gloria donde no hay muchedumbre. Roma quedó humillada y Venecia viste de

luto. Todas las ruínas empiezan por el orgullo; éste es el primer frontón que se desploma.

* *

Atenas está triste, y oculta frente al Parthenon las huellas de los ingleses y la de los cañones, y lamentándose al ver sus torres mutiladas, piensa en el artista griego que erigió con sus manos algo semejante a la sonrisa humana en el contorno de los propyleos.

* *

Tebas posee sus templos muertos, sobre cuyo pavimento se arrastra serpenteando la víbora de frente chata y de mirada brillante alrededor de las columnas, y sólo algún águila de gran tamaño habita como soberana en los pilares de Rhamsés, cuyas láminas de bronce se desprenden de ellos como carcomidas cortezas.

* *

En las ruínas de Gur, donde se oyen los graznidos de los buhos, caminando, el tigre dobla y rompe los bambúes, sale volando el buitre, y la leona al pie de aquellos muros misteriosos, acomoda el grupo inquieto de los cachorros, que aún no han abierto los ojos y que hozan buscando los pezones sobre su vientre.

* *

La silenciosa Palenqué yace en medio de las lagunas donde verdean malezas y arbustos sin cuento, y apenas entre sus espesos bloques de alta hierba se oye deslizar a los lagartos, y obstruyen sus paredes árboles de fruto colorado obscuro, en cuyas copas revolotean, iluminados por el sol, hermosos pájaros de color de cobre rojo.

* *

Jumieges, mudo en su dolor, ahoga un triste eco en su portalón normando y deja que canten en sus ruínas los nidos que se abrigan en sus torres, de los que el viento de la tarde hace caer sobre las losas una lluvia de plumas de las palomas.

* *

Como madre melancólica y severa que oculta bajo su manto a su niño abofeteado, el Egipto, sentado junto a las orillas del Nilo, envuelve en sus inmensas sábanas de arena sus colosales esfinges personificaciones de la muerte, cuyas caras desfiguró el pie brutal de Cambyses.

VII

Pero nadie atentará a tu púdica majestad, puerta santa; jamás verás profanado tu verdeante már-

mol; tu arcada virginal no será profanada, y los pueblos que han de nacer acudirán con la cabeza descubierta a saludar tu frente coronada.

* *

Siempre el pastor acurrucado en los trigales verá cernerse sobre tu remate bandadas de águilas; sobre él siempre la gloria encenderá su faro, y sólo entonando en tu loor bélicas armonías, por debajo de ti, altivo Arco, pasarán los siglos.

* *

Nada parecido a una afrenta se atreverá a manchar tus muros, a los que sube la marea de los años a imprimir sus huellas, y podrás en esos campos en que las tres quedarán aisladas en la soledad, contemplar con orgullo a las dos torres, tus abuelas, y a la Columna, tu hermana.

* *

Porque jamás se ocultó crimen alguno bajo tu base, ni se amasaron tus cimientos con sangre, y ningún delito se ha sembrado en tus raíces para proyectar sombra siniestra en tus ruínas, que pueda confundir con tus laureles su repugnante hojarasca.

* *

Mientras que esas ciudades, sepultadas en sus propias cenizas,

* *

Por eso desaparecieron. Visitados por los chacales, sus muros se van arruinando sobre las hierbas parásitas; se instalan los estanques y duermen debajo de las ruinosas bóvedas; sobre los Neronés esculpidos caminan las fieras; se abren las cavernas que les sirven de guarida allí donde existieron cámaras incestuosas. El tigre puede pasar por los sitios que fueron teatro de los crímenes que el hombre cometió.

VIII

Si en el porvenir, en días muy lejanos, cuando tres mil años hayan pasado sobre nuestros despojos mortales, a la caída de la tarde, un hombre sentado en la colina contemplase el Sena, cómo, por su aspecto triste y silencioso, los sitios donde existió París llevarían el asombro a sus miradas! Si es a la hora en que los vapores ocultan la faz del rojizo sol poniente, si es a la hora en que se ennegrecen las copas de los árboles, en ese crepúsculo en el que nada es real, en el que la flor se duerme y se des-

pierta la estrella, vería ese observador como a través de un velo, como se nos ofrecen las imágenes en los sueños, la llanura inmensa y la bruma aparecer a sus pies, ensanchándose lentamente en la vaguedad nocturna, y borrando por grados bosque, collados y céspedes, a medida que avanzase la noche, hasta invadir todo el espacio. En esa hora sombría en la que se cree ver que huyen los objetos tomando formas extrañas, le sumiría en éxtasis ver dormidos esos campos en los que cada piedra encerró un ruido. ¡Cómo prestaría oído a los rumores indecisos! ¡Cómo se imaginaria ver figuras sentadas en los arbustos inclinados, en los árboles que están a la orilla del agua, en los lienzos de los muros acariciados por los cañares! ¡Cómo buscaría la vida en esa tumba suprema! Pero no, todo estará muerto. No habrá ya en esa llanura más que un pueblo desvanecido; se habrán apagado los ojos de los hombres y sólo quedarán vivos los ojos de Dios. Sólo se mantendrán en pie un Arco, una Columna, y allá abajo una iglesia semi-hundida entre la bruma.

* *

¡Qué espectáculo! ¡Así perecen las obras de los pueblos! El pasado es un abismo profundo. Para ese transeunte tendrá gran interés nuestra historia, sobre todo si despertando de repente, su

memoria le recuerda esa noche, una de nuestras grandes noches, víspera de nuestros grandes días, en la que el emperador, evocando un mañana glorioso, se dormía esperando ver la aparición del alba de su victoria.

* *

Cuando ese viajero, hacia media noche, fatigado por sus propios pensamientos, cansado de oír los mil rumores de ese mundo desaparecido; después de estar apoyado de codos mucho tiempo en las orillas de esa nada inmensa, haya tomado el camino de regreso; cuando en ese enorme desierto, no hollado por los pasos humanos, nada inquiete el rubor que Roma o París arruinados deben sentir ante los hombres; si algún ser animado vela todavía en la soledad de la llanura, verá quizás de repente saltar de tu frente un pálido relámpago y en lontananza la Columna estremecerse y contestar, y sus soldados de cobre y tus soldados de piedra ¡oh Arco! abrir con lentitud sus pesadas pupilas y admirablemente entrechocarse. Entonces, el águila de metal dormida en tu soberbia cima, incorporándose de súbito sobre sus héroes, cuyas pupilas están encendidas, sacudirá sus alas eternas.

¿Por qué despertarán? ¿de dónde saldrán esas claridades, y el viento, que soplando sobre los guerreros esculpidos, hará que se muevan y que se agiten, como las

hojaz de la encina? Dios únicamente lo sabe y nadie puede penetrar sus misterios. Los guerreros se dirán unos a otros en voz baja: —«¡De piel!» y los del noventa y seis y los del mil ochocientos once, los que levantan hasta las nubes la espiral de bronce, los que liga a la tierra el zócalo de granito, todos arrastrando al combate a los caballos que relinchan, a las banderas que ahueca el viento y a los rodantes cañones, se lanzarán en tropel a encontrarse en empeñada refriega. Entonces se oirá en tus muros el sonido de los clarines; las bombas, los tambores, el galopar de los escuadrones, los gritos y el tumulto y el estruendo de la batalla, saldrán confusamente de las pierdas cinceladas, y desde la base hasta la cúspide del enorme pilar se oirán los rugidos y los clamores de cien batallas. De pronto, anadando al enemigo vencido, sonarán los cánticos de la victoria, y las aclamaciones se contestarán desde ti hasta la Columna. Luego reinará en vosotros dos profundo silencio, el rumor festivo del triunfo llenará el valle, y a los lejos, Nuestra Señora, envuelta en la bruma, iluminando su cruz, como si fuese un lábaro, os cantará en la obscuridad un vago *Te-Deum*.

* *

¡Ilustre monumento! ¡Te aquí el inmenso desvarío que haces brotar en la fantasía del poeta;

Arco, hoy guerrero, ayer religioso; sueño bosquejado en la piedra, puerta milagrosa de un palacio de gigantes; cuando de polvorosa hiedra cubro tus esculturas, cuando veo en el fondo de las épocas futuras la lista de los héroes que te adornan relucir y brillar a través del ramaje frondoso de los años, como a través de las hojas de los árboles brillan las estrellas, entonces inclino la frente ante tu grandeza y te admiro; pero hijo cariñoso y visitador artístico, lamento, Arco sublime, que Fidiás haya muerto y que hayas olvidado a mi padre.

2 de febrero de 1837.

V

DIOS ESTÁ SIEMPRE ALLÍ

I

Cuando el verano llega, el pobre está satisfecho; el verano es la estación de los calores; en él el aire es tibio y la aurora es fresca; el verano es la mirada de Dios.

* *

En el verano la noche es diáfana y semejante al día claro y límpido; la tarde se tiñe de dorados resplandores, la llanura parece de oro y se oyen cánticos en los aires.